

**D**eclaraba hace poco tiempo el intelectual norteamericano Noam Chomsky que la propaganda es a la democracia lo que la violencia a la dictadura. La propaganda es un instrumento inapreciable para alcanzar y para conservar el poder en las llamadas sociedades libres.

Votamos bajo los efectos de la información recibida, aunque, frente a la urna, recobremos nuestra soberana libertad de decisión.

Las elecciones son el test de salud de cualquier democracia; la prueba de su honorabilidad. La historia nos dice, sin embargo, que las mayorías también se equivocan, como ocurrió con Hitler en los comicios alemanes de 1933.

Asimismo, pudimos equivocarnos los españoles en 1978, al pasar por alto lo que debieran ser unas Cortes Constituyentes y no lo fueron, como implacablemente nos recuerda Antonio García Trevijano: Permitimos en ese momento "el privilegio de consagrar a los partidos como únicos agentes de la voluntad estatal para que el poder del Estado pudiera legitimarse a sí mismo".

El poder ha de nacer de abajo para arriba, desde la sociedad civil hacia la conformación del Estado y no desde el Estado de los partidos hacia la sociedad civil.

O podemos equivocarnos en unas elecciones como las de hoy, al creer que estamos votando a un presidente del Gobierno y no a unos legisladores, que a su vez se encargarán de formar el Gobierno más conveniente para los intereses del Estado.

Las jornadas de reflexión instituidas por las reglas del juego democrático, no nos deben hurtar todos estos pensamientos, pues el repaso de los mismos puede oxigenar nuestras posturas electorales.

La calidad de las democracias está en relación directa con la cultura política de los ciudadanos. La democracia es un largo aprendizaje. Desde su nacimiento en la polis griega, ese sistema de Gobierno ha sufrido muchas transformaciones hasta llegar a nuestros días.

La ciudad, la polis, exige desde el principio la presencia del político que organice la convivencia, la defensa de esa comunidad frente a otras, las obras públicas, las fiestas y los encuentros deportivos. La vida en común y bajo unas

## La cultura política

JUAN MANUEL GARCIA RAMOS

normas respetadas por todos.

El salto cultural es muy significativo si entendemos por cultura, con Freud, la suma de las producciones e instituciones que distancian nuestra vida de la de nuestros antecesores animales y que sirven a dos fines: Proteger al hombre contra la Naturaleza y regular las relaciones de los hombres entre sí.

En un día de elecciones como este seis de junio, es muy útil releer textos tan acertados como el **Persona y democracia** de María Zambrano, la gran disciplina de Ortega y Gasset y Premio "Cervantes" en 1988.

"Si se hubiera de definir la democracia podría hacerse diciendo que es la sociedad en la cual no solo es permitido, sino exigido, el ser persona". Con estas palabras comienza Zambrano uno de los capítulos del libro aludido. Para nuestra autora, el ser persona es algo más que ser puramente individuo. La persona es el individuo dotado de conciencia, que se considera a sí mismo protagonista de la historia y responsable de sus actos. La suerte de su vida, de su familia y de su comunidad, está en sus manos.

En esa línea de pensamiento, las generaciones han ido procurándose mejores cotas de bienestar desde la cooperación y la organización de la vida en común. Esas aspiraciones, no obstante, han tenido retrocesos terribles, pero nada las ha desviado de sus metas originales.

Se equivocan los hombres y las mujeres y se equivocan pueblos enteros a la hora de depositar su confianza en los demás. Si bien uno de los principales recursos de depuración democrática es la capacidad de este sistema para corregirse desde dentro. Otorga confianza y la retira.

Las elecciones sirven para eso: para ratificar en el poder o para entregarlo a otro. Por ello, fuera de las seducciones de la propaganda, hemos de hacer las cuentas por nosotros mismos. Tarde o temprano. Y del número mayor o menor de los ciudadanos capaces de inventariar por sí mismos, depende la calidad de la vida democrática.

El pluripartidismo significa **pluriiniciativa**, libre juego para mejorar, en las mismas relaciones políticas, en lo económico, en lo cultural en su más amplio sentido. Y asimismo observación escrupulosa de las limitaciones de poder. De las fronteras de cada uno de los poderes clásicos de la democracia: el legislativo —que hoy elegimos, a pesar de que algunos quieran hacernos creer otra cosa—, el ejecutivo y el judicial.

Estos principios, que ya aceptamos como si nos pertenecieran desde siempre, están muy lejos de ser homologados por todos los pueblos de este mundo lleno de milenios.

Jean François Revel, al que siempre terminamos por citar, reproduce en su libro **El renacimiento democrático** un ejemplo exótico y de nuestro tiempo de concepción del poder desde arriba, desde el Estado. En el proyecto de Constitución elaborado en Nigeria en 1976, los "juristas" encargados de redactar el texto definían con toda su ingenuidad el objetivo de la política como "la posibilidad de adquirir riqueza y prestigio, y ser capaz de distribuir los beneficios bajo forma de empleos, contratos, becas, donaciones de dinero a parientes y aliados políticos". La cita es textual y sorprendente. Tal vez más sorprendente para unos que para otros. Los nigerianos han cometido la torpeza de escribir en su proyecto de texto constitucional esas felonías; otros pueblos no las escriben, pero las cometen.

Solo la cultura política de los ciudadanos pone freno a esas profanaciones del poder.

Después de la caída de los regímenes totalitarios del este, europeo, la democracia occidental, ha llegado a solemnizarse por encima, incluso, de sus propios e infinitos valores. Algunos pretenden inculcarnos la idea de que, instaurado formalmente el sistema democrático, nada queda por hacer.